

## La mañana después de la Navidad

Buenas noches, querido amigo. Me alegro de que hayas topado con mi historia hoy. Déjame narrártela, pero antes, me gustaría hacerte una pregunta. ¿Cuál es tu fiesta favorita? ¡Espera, espera, déjame adivinar! ¿Es el cumpleaños o tal vez la Navidad? Era de esperar, pero mi fiesta favorita es muy inusual. ¡Venga, adivina! Oh, me he apartado del tema, así que ahora vas a escuchar mi historia favorita. Ponte cómodo y escucha atentamente...

Hace mucho tiempo, cuando tú, amigo mío, aún no naciste, había un niño llamado Matías que vivía en México. Su familia era pequeña pero muy amistosa. Al igual que otras familias, la familia de Matías amaba mucho el Día de los Muertos, una fiesta que se celebra en México desde hace mucho tiempo. Pero nadie amaba el día de los muertos más que Matías. Era su día favorito. Ni el cumpleaños, ni la Navidad ni cualquier otra fiesta podría compararse con la Fiesta de los Muertos para Matías. Cada año, cuando otras familias salían a las calles a dar un paseo con sus mascotas, a las que llamaban Alebrijes, guías al mundo de los muertos, a Matías le atormentaba la envidia, es que cada Navidad le pedía a sus padres que le regalaran un cachorro que fuera su propio guía. Pero los padres no se lo permitían encontrando cada vez algunas razones para el rechazo. Así fue todos los años. Con el tiempo, Matías comenzó a olvidar de su sueño y al fin y al cabo aceptó el rechazo y comenzó a coñar con otros regalos. Pero de todo su corazón comenzó a odiar el Día de los Muertos sintiendo el rencor contra sus padres por no haber cumplido su sueño, dejó de salir con ellos al desfile de Catrina, dejó de creer en los animales guía y, finalmente, acabó por perder la esencia de esta fiesta. A medida que pasaban los años, Matías creció. Ahora tiene casi 60 años. Sus padres murieron hace mucho tiempo, pero él mismo ya es el padre de dos hijos, el abuelo para 3 nietos, el esposo fiel para una bella mujer rusa que le ama perdidamente. En ese momento llega una Navidad más en familia. Cada año Matías y su familia celebran la Navidad en una casa enorme y acogedora, en la que siempre la chimenea está encendida para calentar la casa, hay un árbol de Navidad elegante, huele a pollo picante muy rico y fragante vino caliente casero. Los niños están jugando en el salón espacioso saboreando los dulces tradicionales. En la víspera de la Navidad, Matías siempre visita las tumbas de sus padres. Está de nuevo en el cementerio. Estaba a punto de irse, cuando pronunció una

frase: "Cuánto me gustaría que al menos uno de mis sueños se hiciera realidad..." Y en ese mismo instante, aulló el viento terrible, la tierra tembló, los árboles comenzaron a inclinarse casi hasta el suelo y el Espíritu de la Navidad apareció ante Matías. El espíritu era parecido a un hombre, pero más alto que una persona normal. Su piel era casi transparente, sus ojos lucían como pequeñas esmeraldas y en sus labios estaba una leve sonrisa. Al principio Matías se asustó, pero luego se dio cuenta de quién estaba frente a él.

- Te he oído pedir un deseo. Puedo cumplir uno de tus sueños, - dijo el Espíritu pacientemente. - Pero el sueño este ha de ser tu deseo más anhelado, y sé lo que es. ¿Estás seguro de que quieres aceptar mi ayuda? - terminó el Espíritu.

Matías se desconcertó, pero respondió:

- Gran Espíritu, es un honor aceptar tu ayuda.

- Está bien, pero tienes que saber una cosa: igual que se comen 12 uvas de suerte, como el reloj da las 12 campanadas, tu sueño también estará contigo justamente 12 años. ¿De acuerdo?

- Sí, - respondió Matías. En cuanto respondió, el Espíritu de la Navidad se desvaneció. Matías se fue a casa pensando todo el camino en las palabras del Espíritu: "las 12 uvas, las 12 campanadas, los 12 años. ¿Qué podría significar esto?" Matías regresó a casa muy tarde. Toda la familia estaba reunida ya. Durante la cena festiva todos se callaron para escuchar las campanadas: Una, dos, tres... la quinta, la octava, la undécima y la última. Son las doce. Matías mira a su alrededor y trata de encontrar algunos cambios, pero no hay ninguno. Matías pensó que el Espíritu navideño le había engañado o simplemente lo había olvidado. Todos recibieron sus regalos y se fueron a dormir, felices y cansados. Matías se acostó y se durmió muy rápido. Por la noche soñaba con el Espíritu de Navidad que iba repitiendo: las 12 uvas, las 12 campanadas, los 12 años. Pero el sueño fue interrumpido cuando sintió una nariz fría y húmeda rozarle la mejilla y un aliento al lado. Sin entender nada, Matías abrió los ojos y vio a un pequeño cachorro negro frente a él. Sin creer a sus propios ojos, Matías lloró. Recordó su sueño ferviente. Más tarde le dio al cachorro el nombre Darko. Y desde entonces pasaron 12 años...

Los 12 años pasaron volando. Todos estos años Matías fue el hombre más feliz de la Tierra. Lo tenía de todo: la esposa, los hijos, los nietos y el

perro amado. Al igual que cuando era niño, Matías creía que Darko era su guía al mundo de los muertos, su propio Alebrije. Así llegó la décima segunda Navidad con Darko. Matías estaba muy nervioso y cuando salió a caminar con Darko por última vez, sintió la presencia del Espíritu de Navidad. Un poco más tarde, ya durante la cena festiva, Matías estaba más pálido que un muerto mientras Darko estaba debajo de la mesa de orejas caídas. Dan las campanadas del reloj: una, dos, tres... la quinta, la octava, la undécima y... Las doce horas. Todos se alegran, pero Matías mira con recelo debajo de la mesa y suspira aliviado: Darko está acostado debajo de la mesa y duerme tranquilo. Matías se alegra y les cuenta a todos sobre su acuerdo con el Espíritu navideño. Después del final de la historia, casi todos se dormían dulcemente. Matías y Darko se fueron a la habitación. Cuando Matías estaba a punto de dormirse, como siempre, le dijo a Darko que lo amaba y se durmió. Al día siguiente, al despertar, Matías no encontró a Darko a su lado, pero en su lugar estaban las 12 uvas. Y entonces Matías se dio cuenta de que el Espíritu navideño le había llevado a Darko. Durante varios días, Matías no paraba de llorar: echaba mucho de menos a Darko, pero entendía que ya no podía devolverlo. Pasó un año. Llegó una Navidad más. Todo el año Matías iba recordando a Darko. Pero en la víspera de Navidad, se sentía aún más triste. Volvía a pensar sobre su amigo. Otra vez todos estaban reunidos para la cena navideña, otra vez el reloj daba una campanada, dos, tres... la quinta, la octava, la undécima y la última, décima segunda. Después de la fiesta, todos se fueron a dormir. La mañana siguiente, todos se despertaron... todos, menos Matías... mientras que Matías abre los ojos, mira a su alrededor y ve un mundo maravilloso y colorido a su alrededor. ¡Está en el



Mundo de los muertos! Delante de él están sus padres, le están saludando alegremente. Matías también está contento, pero le falta su guía, su Darko. De repente oye un ladrido muy familiar. Se da la vuelta y ve a Darko: policromado de muchos colores moviendo la cola que corre hacia Matías. En ese mismo segundo, Matías se da cuenta de que su deseo se ha hecho realidad por completo: tiene un perro fiel y un guía llamado Darko.

Bueno, mi querido amigo. ¿Te ha gustado? ¡A mí, sí! Y lo curioso es que el sueño de Matías se cumplió un día después de la Navidad, el día de su cumpleaños. Y para Matías, mí y, tal vez, para ti, amigo mío, se hizo obvio que la mañana después de la Navidad es realmente mágica.

*\*Para crear el dibujo fue utilizado por las alumnas el programa de diseño gráfico Autodesk SketchBook.*

**Autoras: Ekaterina Emelianova  
Ekaterina Krutius**